



Ciudad-espejo

Natalia Gutiérrez

Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Bogotá, 2009.

Ciudad espejo / Ciudad eco

POR
SANTIAGO RUEDA FAJARDO
Profesor invitado de
la Especialización en
Fotografía de la Facultad de
Artes. Universidad Nacional
de Colombia, Sede Bogotá.

Natalia Gutiérrez es una de las personas que más consistentemente ha escrito sobre fotografía y videoarte en Colombia. Sus artículos en la revista *Art Nexus* y sus libros, especialmente el brillante y poco conocido *Cruces: una reflexión sobre la obra de José Alejandro Restrepo*, revelan un pensamiento ágil y un genuino interés por la manera en que los artistas colombianos trabajan hoy.

En 2005-2006, Gutiérrez fue curadora del XL Salón Regional de Artistas, en Tunja y Bogotá, e invitó a los artistas a intervenir en lugares históricos de ambas ciudades, como la Casa de Juan Vargas y el templo de Santa Clara, en la primera, y el Teatro Colón, en la segunda. Con *Un lugar en el mundo*, nombre dado a la exposición en ambas ciudades, Gutiérrez reanimó algunos lugares de la historia oficial, lugares de y para la historia de los historiadores. *Un lugar en el mundo* les dio a los artistas la oportunidad de reflexionar sobre nuestro pasado colonial y nuestro criollo presente posglobal.

En *Ciudad-espejo*, el libro que acaba de publicar gracias a una beca de investigación que le otorgó el Ministerio de Cultura y al apoyo de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional, Gutiérrez continúa investigando las maneras en que habitamos el mundo.

Es un libro sobre Bogotá, sobre sus esquinas “radioactivas” y su especulación inmobiliaria, sus vendedores de semáforo y sus tiendas

de ropa, su basura y sus “angelitos empantana- dos”, sus “ñeros” y, principalmente, sus fotógrafos nostálgicos, que quieren registrar nuestra trans- post-sobre-contramodernidad.

Gutiérrez extrajo algunas figuras de una fuerte tendencia local que José Roca ha denominado “taxonomía-fotografía”, de artistas que, sin tener la formación ni la experiencia ni el desarrollo pro- fessional de un fotógrafo, se dedicaron, durante el primer lustro de la década que termina, a registrar la vida de nuestras ciudades en

dos aproximaciones dominantes: en la primera se invoca la distancia objetiva del naturalista, en una especie de expedición botánica contemporánea; en la otra se asume la posición del sociólogo urbano, evidenciando usos alternativos del espacio público y nuevos componentes del paisaje visual de las ciuda- des, producto del rebusque y la economía informal.¹

Las sospechas de falta de ambición y facilismo de los nuevos taxonomistas que tenían sus colegas llevaron a Gutiérrez a interesarse por entender a fondo lo que estos artistas hacían. Consecuente- mente, ella afirma que otra razón por la que ha escrito este libro es nuestra insistencia, al menos en el campo del arte, en afirmar que “en el presen- te no hay nada”, y explica por qué su libro se titula *Ciudad-espejo*: los artistas quieren que nos refle- jemos en todo lo pequeño e infimo de la ciudad.

Esto arroja como resultado la selección y el aná- lisis de las series *Zona rosa* de Eduardo Consuegra, *Residencia en Bogotá* de José Giraldo, *Lo uno y lo otro* de María Isabel Rueda, *Plano transitorio* de Milena Bonilla, *Esquinas gordas* de Rosario López y *La vida es una pasarela* de Jaime Ávila y de los trabajos del colectivo Bricolaje, fortalecidos por la inclusión de investigaciones y obras de la

generación precedente como *Corte en el ojo* de Miguel Ángel Rojas, *Atrio y nave central* de José Alejandro Restrepo, *Ciudad Kennedy. Memoria y realidad* de Raúl Cristancho, *Constelaciones* de Jaime Iregui y *Proyecto Prometeo* del colectivo Mapa Teatro.

Caso a caso, Gutiérrez anuda un relato sobre Bogotá que va más allá de la crítica de arte y termina convirtiéndose en un raro y brillante en- sayo posantropológico sobre los artistas y nuestra ciudad. Uno de sus múltiples méritos es no haber sacado a relucir la “artillería pesada” del discurso teórico contemporáneo. Si bien numerosos auto- res cruzan el texto, los “obligatorios” en la teoría contemporánea del arte —Walter Benjamin, Roland Barthes, Jacques Lacan, Pierre Bourdieu, Arthur C. Danto—, la antropología —Marc Augé, Claude Lévi-Strauss—, la sociología —Marshall Berman, Toni Negri, Erving Goffman—, la filosofía —Georg Simmel— y la narrativa “global” contemporánea —Paul Auster, Sam Shepard, Horam Pamuk, Julio Cortázar—, sus nombres no se emplean por afán de mostrar erudición o darle peso al discurso. Gutiérrez no nos enzarza de “rizomas” y “lugares y no-lugares” embutidos en nuestra realidad. Es posible que su texto no tenga “mil mesetas”, pero puede que no las necesite porque congrega bastantes terrazas desde donde mirar la ciudad.

Las referencias literarias son abundantes. “Las frases de los escritores son solo un pretexto para escribir y están en el texto por el placer de co- piarlas”, afirma, con excesiva modestia, Gutiérrez. Aparte de los ya mencionados Shepard, Pamuk y Auster, Gutiérrez lee a los escritores colombianos recientes —Mario Mendoza, Santiago Gamboa, Julio Paredes— y extrae de ellos núcleos de la ciu- dad. Sorprende la acertada e inesperada alusión al relato *Los perros de Tindalos* de Frank Belknap Long —escritor lovecraftiano—, si bien, en definiti-

¹ José Roca, “La taxonomía fotográfica”, *Columna de Arena* 61, ago. 2004 <www.universes-in-universe.de/columna/col61/>. (Consultado en junio, 2009).

va, ¿qué mejor símil del horror cósmico e inabarcable de estos escritores estadounidenses que el mundo sin alma ni tiempo de los adictos al basuco que aparecen en las fotografías de Jaime Ávila?

Gutiérrez aprovecha su texto para hacer una brillante revisión de *El sueño de las escalinatas* de Jorge Zalamea y cruzar su barroquismo con Guy Debord y la Internacional Situacionista. El texto, poblado de frases brillantes y de gran belleza, por momentos no es narrativo ni teórico. Cercana a la ficción, Gutiérrez crea una subnarrativa que habla de imágenes y personas, intenta describir una lógica de la sensación, cercana al arte-ficción, y confiesa: “Me hubiera encantado escribir sobre arte sin haber ejercido durante tantos años el

oficio de profesora”. Sin embargo, sospecho que a Natalia Gutiérrez le encantaría escribir novelas y cuentos sin haber ejercido el oficio de escribir sobre arte.

Finalmente quiero señalar que *Ciudad-espejo* es también ciudad-eco. Es un libro sobre una ciudad que recuperó o que quizá por vez primera ganó su orgullo. Hablando de la Bogotá del 2000, realmente habla de una sensibilidad que se formó en los años noventa. Indirectamente, y por los artistas escogidos, es un homenaje a la última generación que escuchó discos de acetato y optó por el lado B de las cosas.

Pero esta es otra historia, más que para ser leída, para ser escuchada.